

XLVI

EL CÁLCULO

El cálculo es el abismo.

¡Ah! ¿sabes tu esfera? Pues bien, estarás solo. Trata, hombre, de hacer entrar en el infinito á un ser cualquiera de aquellos á quienes tocas con tu mano ó ves con tus ojos. Nadie puede hacerlo. La vida acaba con la pérdida terrena. Cada ser tiene su centro: la pantera muere fuera del bosque, la chispa espira al salir del fuego, y espira el pájaro en cuanto sale del aire; ninguna forma vive arrastrada fuera de lo real; la visión terrestre está limitada á la tierra; la nube misma, que va de continente á continente, sería presa del vértigo si viera lo absoluto. Sólo el prodigio puede salir del horizonte. El hombre, que es el monstruo en quien se une el miasma del nadir y el fulgor del cenit, puede hacerlo. Por consiguiente, entra si gustas en lo abstracto, en lo oscuro, en lo enorme; renuncia á la forma, renuncia al color; pero te advierto que serás solo para levantar el sudario, las vestiduras de la pálida Isis. Todo está oscuro, en vano gritas y llamas. La naturaleza, ese perro fiel del hombre, se detuvo con espanto en el umbral del abismo.

Mira. La ciencia exacta está ante tí; desnuda, pálida, terrible, dice:—¡Qué se llevan el alba y la vida!
—Teniendo la obscuridad por puerta, por señales el

alfabeto misterioso que su blanco dedo escribe fuera de la claridad, en la sombra del espíritu, por encerado negro el fondo inmenso de la tumba. Aquí, en una niebla que desciende por todas partes, en limbos en los que todo perece, por medio de gestos confusos, dirigir al mundo, al sol, al cielo, una negativa, en un vacío inmóvil, en que nada cambia de sitio, en medio de un frío en que el espíritu respira hielo, en el que abortan Fahrenheit y Réaumur, sube á lo absoluto, el número, esa pared horrible, incolora, impalpable, informe, impenetrable; las cifras, esos copos de lo inconmensurable, flotan en las tinieblas en que se pierden tus miradas, y para escalar la misteriosa pared, esos espectros mudos, sordos, sobre su ala fúnebre llevan al pensador aquella escalera que tiene el nombre de álgebra; escalera hecha de obscuridad y cuyos escalones desgastaran las plantas de Dédalo y de Hermes.

¡Geometría! ¡Álgebra! ¡Aritmética! Loma en que la invisible planta corta el vago cono, en la que el asíntota busca, en que la hipérbola huye; cristalización de los prismas de la noche; mar en que el poliedro es la horrible madrépora; nublado en que el universo en cálculos se evapora, en que el flúido vasto y sombrío por todas partes esparcido no es sino una hipótesis, y tiembla y se disuelve; noche formada por un montón de sombrías evidencias, en que las fuerzas, el gas, confusas abundancias, los elementos rugidores á los que el espanto sigue, pierden su negro vértigo, sus llamas, su ruido; caverna en que el trueno entra sin dejarse oír, en la que toda lámpara hace mayor la obscuridad, en que la unidad del ser aparece al desnudo. ¡Estalactitas de la cifra en el fondo de lo desconocido! ¡Criptas de la ciencia!

¡No se sabe qué de átono y de informe, que vive, que ahonda, que palpa! ¡Visión de lo abstracto que el ojo no vería! ¿Es un firmamento lívido? ¿Es un océano negro? Fuera de los objetos que alumbra el día, fuera de los vivos de la sangre y de la savia, fuera de todo ser errante, pensador, amante de toda palabra y de todo movimiento, en la extensión en que nada palpita ni vibra, especie de obscuro esqueleto del equilibrio, el enorme mecánico ideal construye sus figuras, que hacen sombra en la noche. Pesa allí un horrible é inexorable crepúsculo. En el fondo, casi indistintos, lo absoluto, lo innumerable, lo desconocido, rocas horribles que roen las verdes algas de A más B tenebrosos, mezcladas con X é Y; sumas, soluciones, cálculos de los que se ve pender la adición, informe escolopendra, que se arrastra, terribles signos vagamente distinguidos, triángulos sin Brahma, cruces en las que no se ve á Jesús, reducción del mundo y del ser átomos, sombrío enlace de fórmulas fantásticas. Esas hidras, cada una de las cuales tiene un fatal secreto, se ponen en cuclillas en la sombra, inerte pedestal, ó se arrastran, como escapadas del Erebo, como los monstruos enigmáticos que vagaban en torno de Tebas. El filósofo á quien la abeja ofrecía su miel, los poetas, así Moisés como Ezequiel, y Platón como Homero, espiran entre las garras de aquellas esfingestatuadas de negros jeroglíficos; no hay allí alas; la idea aborta ó se espesa; la poesía muere; la luz ennegrece; lejos de dilatarse, todo espíritu se contrae en las inmensidades de la ciencia exacta, y las águilas que llevan el rayo á los Júpiter nada tienen que hacer en aquellos siniestros éteres; la esfera aquella acaba con el arte como la cicuta, desde su áspera mata, amodorra á la flor á la cual ahoga.

Sin embargo, la quimera puede vivir en aquellos lugares, llevando el octante en una mano y en la otra la retorta, con tal que sujete el álgebra á sus sueños. En un rincón monstruoso vegeta allí la magia, en cuyos flujos y reflujos rueda la ciencia, Flamel bajo Lavoisier, Herschell sobre Thrasyllus. ¿Quién para el nigromante y para la mandrágora canta abracadabra? El ábaco de Pitágoras; porque se sube por un lado y se baja por el otro, y el sueño no está nunca lejos del hombre.

Pero aquí el pensamiento, seco y despojado, pierde sus esplendores como el árbol su hoja en Enero, y aquí entra el fúnebre invierno del espíritu. Allí el mundo exterior transfórmase ó muere; todo ser no es sino un número tragado por la suma. Cogida ella misma con sus rayos entre los dedos del hombre, en el abismo en que el cálculo la apaga, la constelación, que el astrónomo alcanza, tórnase también cifra, y lúgubre, entra en la fórmula; el montón de doradas esferas acumúlase á los ceros. Todo allí se demuestra. La cifra, duro escalpelo, como si se tratara de un vientre enorme, abre y registra el firmamento. Reina la prueba en aquella esfera áspera, despiadada, espesa. Tranquila, cuenta, desmenuza, disecciona, oprime, mide, examina, y nada sabe fuera de la balanza, fuera del crisol; registra la sombra y el huracán, hace el catastro del azul, el torbellino, el meteoro y el astro; toma fuera de él las dimensiones del enigma; no siente que nada se estremezca bajo el sudario de los muertos; anula lo invisible, ignora lo que pesa el gran Yo del abismo, hipótesis inútil, y pone plomo en los piés de los lúgubres sondeadores. Cuando llama á las tétricas profundidades, la linterna sube después de apagar su llama, la ley surge sin el espíritu, el hecho sin el alma; cuando el infinito se presenta, Dios se ha desvanecido.

¡Oh ciencia, absoluto que proscribe lo inaudito!
¡Lo exacto tomado por lo verdadero! ¡El más grande
desprecio del hombre, átomo en quien se quiebra la
humanidad, y que se figura tener la claridad, cuando
realmente tiene la noche en su mano conducida por
el vacío!

¡Oh vacío! De ahí viene con frecuencia que el pen-
sador pasee su desesperación sobre la ciencia huma-
na, y que á veces se oiga gritar:—Sabios, puesto que
vuestra obra es un esfuerzo inútil; puesto que, aún
con vosotros, ningún buscador penetra en el proble-
ma único y no llega á conocer nada; puesto que, ni
aún siguiéndoos entre tanta obscuridad, nada se sabe
de la realidad, nada respecto á la suerte, nada de lo
que atañe al alba ó á la eterna sombra, nada de lo que
se relaciona con el precipicio en que la esperanza tem-
blando entreabre su ala; puesto que es necesario que
después de hacerlo vosotros hemos de discutir nos-
otros; puesto que no podéis responder á las pregun-
tas:—¿Tiene el mundo un Dios? ¿Tiene la vida un
alma? Puesto que os reclama la misma noche que nos
posee, ¿á qué vienen vuestra ciencia y vuestra vani-
dad? ¿Con qué objeto los cálculos han de seguir ro-
yendo las inmensidades? ¿Y á qué profundizar lo im-
posible y hacer ¡oh pensadores sombríos! que los
números arrastren su podredumbre por el infinito?

★

¡No importa! Si en alguna ocasión se acercó el
hombre á Psiquis la misteriosa y fatal; si en alguna
ocasión él, mísero polvo, creó un abismo, fué en ésta
á no dudarlo. La ciencia es el vacío sublime. En ese
firmamento gris, llamado abstracción, abismo del que
la hipótesis es el alción, todo es indefinido, todo es im-

palpable. El cálculo, reloj en el que la cifra es la arena,
desde que en su urna naciera un primer número, no
fué por el hombre devuelto una sola vez; y los prime-
ros ceros, enviados por Mónimo y Merón para unirse
á los últimos en el abismo, hace cuatro mil años que
no han regresado. Los pastores de la Caldea, hombres
ingenuos, sueñan, temblorosos, contando al ser por
los dedos; se ve á Aristóteles vagar y desaparecer; flo-
tan allí espíritus, Oeber, Euclides, Euleró, como, an-
tiguamente, tétricos en las ráfagas de aire, los profetas
se cernían bajo el techo celestial; como su carro
Elías, Newton tiene su binomio. ¿Qué hacen allí,
pues, todos aquellos magos, Laplace y los modernos,
Hípsido y los antiguos? Llevan el espacio á la inflexi-
ble cifra. Halley ase la ley del infinito que pasa; Co-
pérnico, borrando por momentos mundos nulos,
saca una gota de tinta de los negros cálculos, y hace
una raya en la bóveda estrellada; Hicetas llama tem-
blando á Galileo; la tierra huye bajo sus piés hacia el
azul rojizo; y ambos, con una seña, detienen al rubio
sol; y en el fondo del precipicio, y entre una huma-
reda, percíbese al inmenso Ptolomeo apoyado en los
codos.

Todos esos titanes, cautivos en un solo horizonte,
cíclopes del saber, no tienen más que un ojo, la ra-
zón. En la noche se oyen vagos ruidos de yunques.
¿Qué se forja en ellos? La duda y la obscuridad. ¿Es
todo ceguera, turbación, inquietud en tales brumas?
Sí. No obstante, deslumbrado por aquel exceso de som-
bra, á veces pálido, aturdido, tembloroso, sin aliento,
como al farol nocturno llega la nocturna mariposa, por
entre aquellos abismos infinitos, se llega al resplan-
dor Thales, al fulgor Leibnitz, y después de espan-
tosos paisajes, se ve brillar la lámpara de las siete an-
torchas, nominadas los siete sabios, y la ciencia entera.

aparece como un lúgubre cielo, sin materia, lúgubre y, no obstante, real, no aceptando el azul y rechazando la tierra, teniendo por llave al hecho, el número por misterio; el álgebra brilla allí como una sombría Venus. Y de aquellos absolutos y de aquellos desconocidos, de aquellas espantosas obscuridades, de los vacíos aquellos, los logaritmos vienen á ser las lívidas pléyades; y Franklin, pálido, arroja allí un fulgor de relámpago, y pasa luego un cometa, que tiene el nombre de Keplero. Hay dos noches, dos pozos deslumbradores, dos capas de obscuridad, sin fin, sin forma, espantosas; el álgebra, noche del hombre; el cielo, noche de Dios; los siglos gastaríanse contando, fuera de lugar, de espacio, de tiempo, invisibles pilares, en una sombra los números y en la otra los astros.

¡Matemáticas! ¡Caída al fondo de lo verdadero!
 ¡Tumba donde baja el ideal que rechaza lo bello!
 ¡Abstracción tan querida á los pensadores como la estrella á los gauros! ¡Pared de bronce y de bruma!
 ¡Oh frescos de las tinieblas en la noche! ¡Torsión de la idea, fuera de los seres, de los aspectos, de los rayos y de los cuerpos! ¡Creación que se arrastra sobre las cosas en escombros! ¡Oh capilla Sixtina, espanto de los números, en la que aquellos condenados, perdidos en la labor que á cabo llevan, se precipitan para siempre en el cálculo sin fondo! Inusitado precipicio, ¿quién es tu Miguel Angel? ¿Qué pensador, qué soñador, qué creador extraño, qué mago puso ese precipicio en el más tétrico fondo del pensamiento humano y mortal, frente al otro abismo, vida y mundo, que se adivina en el fondo del pensamiento eterno y divino?

XLVII

SABIOS

¿Sabios? ¿Quieres sabios?

Mira los frescos colegiales que se escapan de los bancos para correr por los jardines, y van al campo, ligeros, libres, ebrios de juventud, gritando, cogiendo flores, tirando libros, y que se entregan á la vida inundados de alegría, y se llenan el espíritu de luz, sin preguntar cómo se llama á la aurora de los cielos. Mira aquellos dos enamorados que buscan la capilla del azul, de los espesos setos, de los rumores de pájaros, y que dejan que su corazón huya con los arroyos, hable con los nidos, brille con el sol, sin querer, sin intentar, sin sondar, sin construir otra cosa que un sueño inefable y real. Poco les inquieta el inútil cielo; para nada le necesitan, puesto que pueden decirse:—¡Te amo!—¿Qué harían con él si ellos son ya el paraíso? Ambos llevan un sueño en la frente; son felices; por alba y por luz tienen: él, la belleza de ella; ella, la ternura de él. El ruiseñor suspende su canto para oírles; avanzan, dulces insensatos del corazón, embriagada pareja de la voz amorosa y de la mirada sagrada. ¡Avanzan, existen! Cogidos de la mano y muy juntos, viven labio con labio y pensamiento con pensamiento, hasta el punto de que todo su ser es un estremecimiento de alegría, y que, junto á los rayos que despiden sus ojos, la

mañana es avara y económico el astro, y que la joven ama y el joven adora, y á su alrededor estremécese el bosque; hasta el punto de que no saben nada, de que no quieren nada, de que es para aquellos deslumbrados un festín la llanura, y de que todos los que pasan vuelven hacia ellos la cabeza, y de que los jóvenes sienten celos, y de que los viejos, tristes porque no pueden sentirse celosos, sientan envidia. Aquella hermosa pareja se inclina sobre el agua, que apaga la sed.

¡Pensador! ¡pensador! Dos sabios hay en la tierra; mas ¡oh desgracia! uno y otro no duran más que un momento: el primero es el niño, el segundo es el amante.

